



EL DOLOR DEL TRANSPARENTE

En mis andanzas, siempre de observación y estudio sobre las cosas del Arte, van quedando en el fondo del cerebro ininidad de recuerdos: porque nosotros, los que pensamos, vivimos y soñamos con el Arte, tenemos en el cerebro varios sitios destinados a guardar las impresiones que nos causan las cosas que, de momento, no hemos podido trasladar al papel o al lienzo. Hay cosas que nos entran tan aprisa por los ojos, que nos llegan al fondo del corazón, y una vez en el fondo, nos van dañando, como los gusanos dañan el interior de una fruta cualquiera.

El caso de hoy es el Transparente de nuestra Catedral. Fué construido por Narciso Tomé, por mandato del Cardenal Astorga y Céspedes, allá por los años 1720 al 1732, y que es una de las joyas de España, tanto por su traza como por su amontonamiento de figuras que se apretujan unas a otras hasta romper los grandes *moldurones* que intentan cruzar de un lado para el otro. Más arriba, la Gloria, motivo de todo este conjunto de Arte. Una especie de bóveda abierta al cielo por donde entra la luz del sol y de la luna. De aquí, el nombre de Transparente. Lo recortan unos *lustrosos* querubines y unos *acusados* profetas con cartelas de inscripciones y motivos orquestales. El resto de la pared está decorado con pinturas al fresco. Pues bien, estas paredes, quizás un poco abandonadas, han comenzado a descascarillarse, y los frescos, que ya están rasgados, mostrando, como una sábana rota llena de remiendos, su fondo blanco de yeso. Todo esto está gritando su pronta restauración. Pues ellos piensan en la muerte de sus compañeros del claustro que han desaparecido o están en trance de desaparición... Lástima obras de arte que con tanto amor y entusiasmo construyeron nuestros antepasados, para que nosotros las dejemos perder. Quizá sea el destino o quién sabe a qué obedece este gran sucumbir del Arte; de este Arte que surgió con una fuerza arrolladora de huracán enfurecido, retorciéndose y apretujándose con largos sarmientos a las fuertes columnas para así mostrarnos los más bellos racimos de uvas, hojas de parra, de acanto y de adormidera; y esas bellas figuras que también retuercen sus cuerpos desnudos al igual que sus ropajes de mármol y alabastro, para así llegar a la cúspide del movimiento más bárbaro, que la Historia del Arte llamó estilo barroco.

Pues en este amontonamiento de caras, en este desquiciamiento barroco, y en las altas horas de la noche, cuando las grandes naves de la Catedral están desiertas, yo he visto cómo se reúnen todos los Apóstoles de alabastro, todos los Profetas de bronce, los Santos, las Santas y todo un cielo de ángeles del más puro Carrara. Y los he oído cantar... Acaso fuera el Himno gigante de las siete mil voces. Barroco también como ellos, y que todavía no se ha escrito en ningún pentagrama.

Este torrente de voces es divino y sólo ellos lo saben cantar. Pero todo esto ha pasado. Todo esto está triste en estos días. Todo ese enjambre divino que cruzaba el espacio con el hilo sonoro de sus voces, ha quedado roto. Roto por el descascarillamiento de su bóveda. Ya no se agrupan como antes a la media noche, ni cantan el Himno divino de las siete mil voces. Ahora están mudos todos estos personajes del Transparente. Tienen miedo de que se les vaya desprendiendo los pedazos de carne de sus cuerpos ya rotos. Ya hasta los rayos de oro que cruzan por entre sus cuerpos y que antes brillaban como los rayos del sol, ya no brillan; se han cubierto de polvo, para así ocultar sus resplandores a las miradas de todos los miles de almas que desfilan por abajo.

Y se dice que el eco de Himno gigante que no se canta, flota por los perdidos rincones de todas las bóvedas de la Catedral, entre el vaporoso humo del incienso. Y el vago rumor aún se percibe todavía, apoyando el oído al frío mármol de la mesa del altar; sobre todo, los domingos, de once a una de la mañana.

CECILIO GUERRERO MALAGÓN

